

Al lector acostumbrado al texto de corte académico *Los años del tropel* puede dejarle la sensación de que algo falta; quizás un capítulo final que sintetice el panorama esbozado y que proponga algunas conclusiones de carácter explícitamente interpretativo; o dicho de otro modo, que ponga en relación los hechos narrados con la posición teórica que el autor expresa en la introducción. Pero si se consideran la solidez y la riqueza de los relatos, resulta difícil exigir más de lo que se ha obtenido. Razones estilísticas, teóricas o metodológicas tendría Molano para no avanzar más en los alcances de este trabajo; pero el lector puede darse por muy bien servido contando con una materia prima tan sugestiva para elaborar a partir de ella sus propias conclusiones.

MIGUEL ANGEL LOZANO

GONZALO SANCHEZ Y RICARDO PEÑARANDA (Compiladores): *PASADO Y PRESENTE DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA*, CEREC, Bogotá, 1987.

Gracias a una acertada compilación, Gonzálo Sánchez y Ricardo Peñaranda, mediante el Fondo Editorial CEREC, le ofrecen al público estudioso del tema el libro *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, de varios autores. No es, sin embargo, una compilación más. El lector encuentra allí una *forma diferente* de hacer la historia de la Violencia, renovadora en su concepción e interpretación, precisa en la formulación de problemas y perspectivas de investigación.

A lo largo de más de 15 ensayos, todos polémicos, la Violencia se nos aparece en sus múltiples determinaciones y enfoques: la política, los partidos y las guerras en el siglo XIX; estudios regionales para el Quindío, Magdalena Medio y el sur del Tolima; las manifestaciones simbólicas del 9 de Abril; la intervención estatal hasta 1946; los antecedentes agrarios; el punto de vista del ejército y el liberalismo; todo ello enmarcado en un balance y reflexiones críticas sobre lo producido hasta el momento. Como puede observarse, la magnitud y el mismo contenido hacen imposible reseñar todos los análisis.

Por qué es una forma diferente de hacer la historia? Ante todo, porque se refleja el "abandono paulatino del economicismo y el esquematismo", y, después, por la multicausalidad atribuida a los estudios. De ahí que sea de utilidad máxima la "Reflexión crítica sobre el libro *La Violencia en Colombia*"; ensayo preparado por

Germán Guzmán, uno de los autores. Allí éste, con una gran vehemencia polémica, recuerda cuáles fueron los antecedentes del libro, las técnicas utilizadas, los motivos que dieron origen a la Comisión que estudió las causas y situaciones de la Violencia, en 1958, el debate suscitado, su autocrítica acerca de la forma como escribió su parte, la diversidad de fenómenos abordados; concluye con la afirmación de que los nuevos avances en la interpretación de la Violencia han exigido y exigen dar cuenta de las distintas condiciones, causas, factores determinantes y efectos.

Esta conclusión sirve, por el contrario, de introducción al ensayo de Daniel Pecaú, "De las violencias a la Violencia". Con la claridad que lo caracteriza, enfatiza tajantemente que para la Violencia, "La era de las grandes explicaciones causales está definitivamente terminada" (p. 184); la enorme diversidad de los fenómenos de la Violencia, dice el autor, que supo mostrar el libro *La Violencia en Colombia*, se abre paso de una vereda a otra, de un municipio a otro, de un departamento a otro, haciendo que los conflictos se combinen de modos diversos alrededor de una multiplicidad de protagonistas, desarrollándose según temporalidades diferentes y con consecuencias distintas, lo que hace que se tengan que explicar e interpretar de acuerdo a condiciones regionales, municipales o departamentales muy concretas. Y, sin embargo, esto no puede impedirle al historiador tratar el fenómeno como UNO, porque así fue para los que lo padecieron. Por eso se pregunta si es válido seguir hablando de la Violencia; no se trata más bien de estudiar los "fenómenos de la violencia"?

Por otra parte, en cuanto a fuentes e interpretación merecen destacarse dos trabajos; el primero es el de Medófilo Medina, "La resistencia campesina en el sur del Tolima". Allí, para el análisis del período 1949-1953, y buscando "la caracterización de situaciones y no la descripción exacta de hechos" (p. 244), se reconstruye mediante la historia oral y el testimonio, por carecer de fuentes escritas, esa combativa movilización de resistencia en sus diferentes etapas, métodos adoptados y evoluciones diferentes.

El segundo estudio es el de Catherine LeGrand, "Los antecedentes agrarios de la violencia: el conflicto social en la frontera colombiana, 1850-1936". Utilizando las valiosísimas fuentes del Archivo de Terrenos Baldíos del INCORA, hace un enjundioso análisis de la formación de una fuerza de trabajo dependiente a finales del siglo pasado y comienzos del actual, mediante la hipótesis de que la expansión de la propiedad privada se convirtió en una forma coercitiva de adquisición de la mano de obra. Así, el conflicto social en la frontera tendría como origen este proceso de expropiación.

En opinión de la autora, las primeras formas de resistencia de los colonos tuvieron su impulso con la aprobación de leyes favorables a los colonos en 1874 y 1882, y posteriormente, en 1926; comenzaron negándose a firmar los contratos de arrendamiento y a abandonar las parcelas, lo cual llevó a confrontaciones violentas y directas; después, cuando la Corte dictaminó que la única prueba de propiedad era el título original, los colonos y campesinos pasaron a la ofensiva originando los movimientos de protesta de los arrendatarios a finales de los años 20 y comienzos del 30; finalmente, la lucha por la tierra vendría a ser "la afirmación de la ideología de protesta rural, centrada en el problema de los baldíos" (p. 107).

El ensayo tiene una importancia innegable, sobre todo porque permite orientarse en el estudio de los actuales procesos de colonización y de la violencia que allí padecen los colonos.

Sin embargo, LeGrand incurre en un error ya "clásico" diríamos: consiste en aplicar categorías válidas sólo para la existencia del capitalismo, así sea dependiente, a etapas previas a éste, error que tipifica los análisis de los Keynesianos y neo-Keynesianos y que incorporan a sus trabajos los investigadores colombianos. A todo lo largo de su pormenorizada exposición nos explica cómo la transformación de los colonos independientes de la frontera en arrendatarios y jornaleros fue llevada a cabo por los supuestos "empresarios-hacendados" agrícolas y, al mismo tiempo, cómo aquellos querían su independencia y prosperidad, reflejadas en los patrones de asentamiento y actividades productivas, tratando de "irrupir en la economía de mercado" (p. 92).

En primer lugar, una "economía de mercado" supone una economía *nacional* en donde predominen las relaciones o formas capitalistas de producción y en el siglo XIX lo que predominaba eran las economías *regionales* sin integración nacional; en segundo lugar, el concepto de "empresario" plantea una actuación en términos de "racionalidad" capitalista, lo cual, obviamente, no era el caso de mediados ni de finales del siglo anterior. Claro está, si uno se sienta a hacer el análisis de un proceso fundamentalmente económico pensándolo de acuerdo al "crecimiento económico" (p.109), es decir como *desarrollo económico*, las categorías antes mencionadas son lógicas e indispensables.

El escrito de Gonzalo Sánchez sobre los estudios en torno a la Violencia es un balance muy bien referenciado de la trayectoria que ha seguido la investigación; lo que él llama la literatura tradicional la divide en la apologética, "la más abundante pero al mismo tiempo la más mediocre" (p. 15), la testimonial, y la Nueva

Literatura en la cual ubica de manera destacada la obra *La Violencia en Colombia*, por ser el primer intento de globalización descriptiva y por suscitar discusiones básicas, como la relativa al origen de la Violencia, a sus efectos económicos y a las consecuencias en la mentalidad campesina, al impacto en las luchas campesinas, etc.

Precisa el autor también la más reciente etapa de los estudios y sus tendencias fundamentales: la perspectiva de larga duración, que trata de "escudriñar las continuidades y discontinuidades" de la Violencia dentro del espectro de las guerras civiles; una segunda, la de los estudios regionales; la tercera, la del abandono paulatino del economicismo y el esquematismo, predominante en los comienzos de los años 70.

Finaliza su ensayo desarrollando la relación entre el arte y la cultura y la Violencia y sus manifestaciones en las artes plásticas, la literatura, el teatro y el cine, planteando al mismo tiempo aquellos campos en los cuales es necesario comenzar la investigación.

Ahora bien, Gonzalo Sánchez enmarca esta trayectoria de los estudios dentro de su propia caracterización de Colombia como un país de guerra permanente, precisándonos que durante nuestra vida republicana hemos pasado por "tres etapas de lucha guerrillera" (p. 12) diferenciables por el contexto general en que se producen, por el carácter de sus protagonistas, y por sus motivaciones, etapas que son 1. la de las guerras civiles, 2. la de mediados del siglo XX, y 3. la que se profundiza a partir de los años 60, que aún atravesamos.

Lo que no nos dice el autor es qué entiende él por "lucha guerrillera" y por "guerra permanente", y por eso su tesis, de conjunto, no contribuye a la clarificación *política e histórica*. Algunos interrogantes saltan a la vista:

1. Debe entenderse la "guerra permanente" como una que se prolonga en el tiempo? Es decir, es una *misma* guerra? Tal parecería ser el criterio, ya que establece tres etapas de ella.
2. O se trata, por el contrario, de guerras distintas? Puede ser también una interpretación, pues Sánchez no hace distinción entre etapas y *tipos* de guerra.
3. Por qué a la "guerra permanente" sólo corresponde la "lucha guerrillera"?

4. En otros términos, ha sido la lucha guerrillera la forma fundamental de lucha?

5. Cómo concibe Sánchez la lucha guerrillera, como una táctica o como una estrategia? Parecería que la entiende como una estrategia, pero eso no es claro.

Dos estudios contenidos en el libro que comentamos pueden contribuir a sentar bases de polémica alrededor de la controvertida tesis de Gonzalo Sánchez. El primero es el de Malcom Deas, "Algunos interrogantes sobre la relación guerras civiles y Violencia"; allí el historiador británico formula una serie de preguntas y respuestas sobre los antecedentes de la Violencia, concretamente sobre las discutidas raíces de ella en las guerras del siglo pasado. No son formulaciones monumentales ni interrogantes de gran profundidad, pero por su misma sencillez logra darle un exitoso realce a su trabajo.

Para Deas, "no se trata solamente de señalar las continuidades, sino también de mostrar las discontinuidades" (p. 46). Por eso pregunta: Qué tan similar a las guerras decimonónicas fue esa "guerra civil no declarada" como algunos han denominado a la Violencia? Qué tan diferente? Cuáles son los elementos nuevos? Cuáles los viejos? Es cierto que la definición de guerra civil no declarada es conveniente?

Entre sus respuestas Deas trata la relación entre ejército y guerrillas, entre la guerra regular y la irregular. Para el siglo pasado, dice, el ejército o ejércitos estuvieron presentes desde el primer momento, no así para la Violencia. También, continúa, en una guerra civil debe haber un Estado Mayor, una estructura y una estrategia, pero en la Violencia nada de esto se encuentra. Además, agrega, en las guerras civiles se presentan batallas, con guerrillas ciertamente, pero señala que hay que tener cuidado con la palabra guerrilla por que en los libros de guerra militar (sic) se define como una guerra en pequeña escala, lo cual es diferente de la guerrilla de los años recientes.

Esta relación entre guerra regular e irregular también la trata Carlos Eduardo Jaramillo en su muy pormenorizado ensayo "La guerra de los mil días: aspectos estructurales de la organización guerrillera". Con la meticulosidad del sociólogo por las definiciones y caracterizaciones sobre los estratos, sectores y subsectores de clase, tipologías de líderes y subordinados, estructuras organizativas, formas de combate, tácticas y estrategias, componentes y grupos sociales, Jaramillo nos adentra apasionadamente, con un lenguaje sencillo, en ese oscuro mundo que es una guerra civil del

siglo pasado. Esfuerzo loable, en tanto que sobre las guerras del XIX es poco o nada lo que se ha investigado hasta el momento.

Este autor también nos informa sobre las discrepancias existentes al interior de los liberales acerca de la utilización de la táctica guerrillera y sus preferencias por la guerra regular para enfrentar a los conservadores; cómo debido a las derrotas de los ejércitos regulares de los liberales, estos se vieron obligados a utilizar la táctica guerrillera, lo cual llevaba finalmente a un híbrido militar, y de qué manera, "Hasta el final del conflicto las fuerzas guerrilleras se vieron sometidas a la permanente dinámica entre guerrilla y fuerza regular, siendo la primera de estas la estructura organizativa que se sacrificaba, no pocas veces, en aras de una vanidad personal" (p. 49); nos señala igualmente, que a pesar de las intenciones del liberalismo, la "guerra de guerrillas se impone hasta convertirse en la *táctica* fundamental" (subrayado mío, p. 81) de este partido, convirtiendo por tanto, la lucha en una confrontación armada entre las guerrillas y las fuerzas del ejército regular conservador, partido éste que también utilizó guerrillas; finalmente, precisa que la formación de un ejército regular liberal sólo se hizo posible en Panamá, y que en el centro de la República la ilusión liberal se limitó a los intentos por fusionar, de manera permanente, los grupos de regulares, "con lo que los ejércitos así formados nunca pasaron de ser conjuntos amorfos" (p. 84).

Volviendo a la tesis de Gonzalo Sánchez, nos atreveríamos a formular unos criterios con el riesgo de incurrir en el error. Consideramos, en primer lugar, que desde el punto de vista militar el análisis de las formas de lucha debe ser enfocado *históricamente*: en diferentes condiciones o coyunturas económicas, políticas, sociales, etc., distintas formas de lucha pasan a primer plano y en relación a él varían las formas secundarias. El estudio de Carlos E. Jaramillo es significativo: en la guerra de los mil días hubo en el comienzo una guerra convencional, que fue derivando hacia lucha guerrillera hasta convertirse en la "*táctica* fundamental" pero sometida "a la permanente dinámica entre guerrilla y fuerza regular, *hasta el final* del conflicto". Enfatizamos en que esto fue así para *esta guerra*; tal vez para las otras fue distinto y los avances historiográficos lo irán clarificando. Señalar, entonces, a *todas* las guerras civiles como una primera etapa de la "lucha guerrillera", no aparece como apresurado?

En segundo lugar, una guerra, una verdadera guerra, supone una confrontación de "Estados Mayores" como dice Malcom Deas, y los verdaderos Estados Mayores son la máxima instancia de dirección de los ejércitos, "pero en la Violencia nada de esto se encuentra". Un Estado Mayor de los de abajo requiere contar con

un apoyo de masas, no de decenas o centenas sino de miles de hombres y mujeres, entre otras cosas porque lo que se prepara es la *estrategia revolucionaria de la insurrección*, es decir la toma del poder.

En tercer lugar, una cosa es la lucha guerrillera y otra, muy distinta, es la lucha armada. Esta última históricamente se ha revelado como *movimiento de masas* y como nivel superior de la insurrección; la "guerra de guerrillas" es, apenas, una forma *auxiliar* y específica de la lucha armada, utilizada por los Estados Mayores como una *táctica* muy particular y concreta, ya que la estrategia cubre todo un sistema combinado de acciones que, en su relación y sucesión, como en su desarrollo, deben llevar a la culminación de los objetivos propuestos de manera exitosa.

Si se clasifican las "guerras" de mediados de este siglo y de sus finales, como etapas de "lucha guerrillera" claramente se está dando a entender que la connotación principal, lo que le da su especificidad, es la utilización de destacamentos guerrilleros. Así, se eleva lo que es apenas una forma táctica de confrontación armada, al nivel de la estrategia; se colocan en el mismo nivel direcciones de guerrillas y Estados Mayores, vanguardias pequeñas y ejércitos de masas, lucha armada y lucha de guerrillas.

En cuarto lugar, por qué reducir estas guerras a luchas guerrilleras? No hubo otras formas de lucha, que tal vez matizarían el criterio de Gonzalo Sánchez, para la Violencia de mediados de siglo? Para el caso de la guerrilla contemporánea en los años 80, el fenómeno aparece más claro: aunque tiene cierta influencia y relativo arraigo en algunos sectores del movimiento obrero y campesino, sigue siendo un destacamento de vanguardia, lo cual no significa que ocupe un papel secundario. Pero hay que tener en cuenta que paralelamente se da un proceso revelador de movimientos sociales en las ciudades. Eduardo Pizarro anota en el libro que comentamos, en su artículo "La guerrilla revolucionaria en Colombia", que hay "dos procesos convergentes que se viven en el país: el primero, hace relación con el creciente protagonismo político de la guerrilla ...Y, el segundo es el crecimiento de una multitud sorprendente de movimientos sociales (cívicos, regionales, barriales, culturales, etc), que han aumentado los niveles de participación ciudadana..." (P. 391).

El siglo abarcado en el conjunto de trabajos que el lector tiene hoy a la mano, es ciertamente una muestra significativa de los avances en materia de investigación de los fenómenos de la violencia, de su multicausalidad, de sus particularidades regionales y sus consecuencias en todos los niveles. La masificación del tema

irá exigiendo cada vez más un mayor alcance teórico e histórico, para que así el pasado y el presente de la Violencia en Colombia tenga asegurado su futuro.

CESAR TORRES DEL RIO

LANDAZABAL REYES, FERNANDO (Gral.). *EL PRECIO DE LA PAZ*. Bogotá, Editorial Planeta, 1985.

Entre las publicaciones recientes que se han producido en el país sobre los problemas de la paz, inspirados justamente en el proceso de diálogo con los grupos armados adelantado por el gobierno del Presidente Belisario Betancur, se destaca el libro del General Fernando Landazábal Reyes quien fuera Ministro de la Defensa Nacional durante los dos primeros años de éste Gobierno, y que lleva el sugestivo título de "El Precio de la Paz". Esta no es una obra histórica en sentido riguroso, se trata más bien de la opinión crítica desarrollada por uno de los protagonistas del proceso de paz.

El propósito del libro del General Landazábal es enjuiciar al Gobierno del Presidente Betancur y a los partidos políticos tradicionales por la forma como adelantaron el proceso de paz, cuyo desarrollo condujo prácticamente a la claudicación del Estado frente al movimiento armado, y del cual la subversión aparece como vencedora y las Fuerzas Armadas como derrotadas y sacrificadas.

Dada la complejidad narrativa con la cual el autor desarrolla el tema, la dispersión en el tratamiento de los diversos elementos, la reiteración permanente de acusaciones y la falta de un estilo literario claro que permita precisar el sentido de su argumentación, se hace necesario seleccionar algunos de los principales aspectos abordados en el texto, como: 1. Violencia y Partidos Políticos, 2. El proceso de paz: ganadores y perdedores, y 3. Política Internacional. Veamos:

1. Violencia y Partidos Políticos.

Señalar que la Violencia es una constante en la historia colombiana ha sido una afirmación de muchos estudiosos de los problemas sociales y no es ajena al análisis que realiza el autor, para quien este fenómeno se encuentra interiorizado a tal punto